

de Jesucristo, quedó enteramente arruinada la nacion judáica, y la Iglesia quedó libre de tan molestos enemigos. Para eterno despecho de los judíos, pusieron los romanos un puero de mármol encima de la puerta de Elia ó Jerusalem, por la parte que miraba á Belen, y colocaron tambien una estatua de Venus en el lugar del Calvario

donde Jesucristo habia muerto, y el idolo de Júpiter encima del sepulcro de donde salió resucitado y glorioso. Pero esta profanacion, al paso que daba margen á comparar un culto con otro, solamente sirvió para desacreditar la idolatría y establecer sobre sus ruinas con mas esplendor la magestad del culto cristiano.

LIBRO TERCERO.

Desde la ruina de la nacion judáica en el año 137, hasta el fin de la quinta persecucion en el año 211.

Poco tiempo sobrevivió á sus terribles espediciones contra los judíos el emperador Adriano; murió al año siguiente de reedificada Jerusalem con el nombre de Elia, á la edad de sesenta y dos años, el 10 de julio del 138 de Jesucristo, en su palacio de Tivoli, donde pocos años antes habia tratado tan cruelmente á la ilustre mártir Sinfrosa con su santa y numerosa familia. En su última enfermedad, aunque en la apariencia solo era una hidropesía ordinaria, padeció increíbles dolores. Sus padecimientos agriaron su carácter, y se dejó llevar de su humor atrabiliario que le hizo cometer las mas odiosas crueldades. Mandó quitar la vida á muchas personas de la primera nobleza y algunas de su propia familia, y hubiera inmolado muchas mas si Arrio Antonino, el digno sucesor que él habia nombrado, no hubiese ocultado á la mayor parte de los que condenaba. Varias veces probó á quitarse él mismo la vida ó á hacerse matar por otro para poner fin á sus

dolores, y daba desesperados gritos quejándose de que no podia disponer de su propia persona, al mismo tiempo que era dueño de la vida de los demas. Entregóse por fin á comer y beber sin moderacion, y como se hallaba ya tan débil le acabó en poco tiempo el esceso de la comida. Fué inmediatamente proclamado emperador con general aplauso Antonino, su hijo adoptivo, llamado el Píadoso, y se afaná por hacer olvidar los vicios y extravíos con que el autor de su elevacion habia oscurecido los grandes talentos y prendas de que estuvo adornado.

Los pueblos seducidos por sus preocupaciones juzgaron que como el nuevo emperador poseia todas las virtudes morales y religiosas que se veneraban en aquel tiempo, eran estas otros tantos motivos para perseguir á los adoradores del Dios verdadero. Asi es que principió de nuevo contra los cristianos el furor reprimido con tanto trabajo en los últimos años del anterior reinado; pero Antonino Pio, que tenia de Dios

una idea mas exacta que la mayor parte de los sábios del paganismo, no pudo menos de apreciar la pureza del culto cristiano y las brillantes virtudes que este producía.

No vituperaba en los fieles otra cosa que su inmutable constancia y su esclusivo apego á la religion que profesaban sin el menor respeto humano, porque con toda su filosofia y todo su saber no llegaba á penetrar ni á apreciar debidamente la mas saludable de todas las verdades.

Entonces San Justino, filósofo como el emperador, pero que tuvo la dicha de pasar de la infidelidad á la fé mas sincera y fervorosa, le presentó una apología (que Eusebio dice haber sido escrita en Roma) en defensa de la verdadera Religion. Este filósofo cristiano, natural de Nápoles en Palestina, que era una colonia romana, cuyos moradores gozaban del derecho de ciudadanos, habia recibido una distinguida educacion y se impuso en el conocimiento de todas las ciencias que entonces se cultivaban. A pesar de haber sido educado entre las tinieblas del paganismo, mostró siempre un ardiente amor á la verdad, buscándola continuamente en todas las escuelas; pero despues de haber abrazado una multitud de sectas filosóficas, sin hallar en ellas nada en que poderse fijar, se entregó á la lectura de los Profetas. Hé aquí cómo nos refiere el mismo Santo las circunstancias de su conversion, en su diálogo con el judío Trifon: «Primeramente me puse en manos de un estóico; pero conociendo despues de algunas lecciones que nada me enseñaba este maestro acerca del Criador, por ignorarlo él mismo y apreciar muy poco este estudio, le volví la espalda para seguir á un peripatético. Apenas hacia unos pocos dias que frecuentaba su escuela, cuando con la mas sórdida avaricia comenzó á hablarme de regalos y recompensas; y pareciéndome indigna de un sábio esta venalidad de alma,

le dejé con desprecio. Dí despues con un pitagórico de mucha fama y que habia formado un concepto muy ventajoso de sí mismo, y me preguntó si sabia la música y las otras partes de las matemáticas, porque las juzgaba como un prelude necesario para alejar de nuestro espíritu los objetos groseros y terrenales, y facilitarle la percepcion de las cosas intelectuales. Yo ignoraba estas ciencias, y no podia aprenderlas sin gastar mucho tiempo; y así me ví en la precision de dirigirme á los platónicos. Habitaba cerca de mi morada uno de los principales de esta escuela, y escuchaba yo con gran complacencia sus lecciones, creyendo lograr el cumplimiento de mis deseos. Con este pensamiento buscaba yo la soledad para filosofar mas tranquilamente; y estando un dia solazándome á la orilla del mar observé que me seguia un anciano de agradable presencia, y la dulzura y gravedad de su rostro hicieron en mi ánimo una impresion extraordinaria. Para mirarle con mas atencion me detuve sin hablarle palabra, de lo cual se manifestó sorprendido. No tardamos en trabar conversacion, y giró esta muy luego sobre los deseos que yo tenia de encontrar la verdad; y despues de haber prodigado algunos elogios á mi celo, me reprendió el amar mas las especulaciones que las obras, significándome que la ciencia á que aspiraba era del todo práctica. Díjele respetuosamente qué era lo que me convenia hacer, y respondió: «es preciso que leais con reflexion los libros de los Profetas que son los únicos y verdaderos sabios, y que pidais con fervor á Dios que os abra los ojos á la luz y os muestre el camino de la verdad.»

Consiguieron el cumplimiento de sus deseos el candor y buena voluntad de Justino; y el estudio de los libros santos le hizo luego conocer la locura del paganismo.

despues que formó un paralelo entre este y la santidad de la Religion de los cristianos. «La calumnias atroces con que los infamaban, dice el Santo, dejaron de causar impresion en mi ánimo al punto que lleno de admiracion observé el desprecio con que miraban los placeres y comodidades de la vida y aun la vida misma. ¿Quién será, me decía yo, el hombre ambicioso, deshonesto ú entregado á otra pasion, que no tema la muerte, y que no se tenga por dichoso si por medio de una retractacion, fácil de hacer, salva una vida que debe apreciar como basa y término de su felicidad?»

San Justino, á pesar de haber mudado de religion, conservó el manto ó capa de filósofo, no por amor á esta profesion, que en sí era indiferente, sino por su modestia y simplicidad, cuyas virtudes regularmente se hallan en la mayor parte de los sabios en todo género de artes y ciencias. Recorrió el Oriente para anunciar la saludable doctrina de cuyas máximas estaba penetrado, pues el ardor de su celo no consentia que la tuviese por más tiempo oculta en el corazón. Pasó tambien á Roma, donde esperaba conseguir mayor fruto, á cuyo fin abrió una especie de escuela de Religion, para todos los que quisiesen conferenciar con él ó instruirse. Enseñaba sin ningun temor ni respeto humano, y jamás encubrió la verdad á los judíos ni á los gentiles, pues su caridad le hacia buscar á los unos y á los otros.

Estuvo tan lejos de ocultarse cuando dirigió su apología al emperador, al senado y al pueblo romano, que puso en ella su nombre, el de su padre y patria, con todo lo que podia darle á conocer; y conservando este noble valor en todo el curso de su apología, dice, dirigiendo la palabra á Antonino y á sus sucesores presuntivos Marco Aurelio y Lucio Vero: «En todas partes os llaman piadosos y filósofos, que

quiere decir amadores de la verdad y de la justicia, y vuestra conducta va á manifestar al universo el precio y amor que profesais á estas virtudes, porque aqui venimos á pedir justicia segun las reglas de la mas exacta razon, no tanto por nuestra propia defensa, como por vuestros verdaderos intereses. Nadie puede hacernos daño aunque nos prive de la libertad y aun de la vida; pero vosotros oscurecereis vuestra gloria, y aunque sois señores de todo el mundo sereis condenados en el tribunal del Eterno, si castigais por pasion ó por preocupaciones engañosas. La forma legítima de los juicios exige que los acusados ó sospechosos de cualquiera delito, sean oídos y den una cuenta exacta de sus acciones, y que los soberanos sentencien sus causas segun las reglas invariables de la sabiduria, y no por frívolas presunciones, ó por el capricho de una potestad arbitraria. Nosotros pues debemos hoy presentar á los ojos del público nuestra doctrina y nuestra conducta, si no para evitar la muerte, la cual es un bien para el cristiano, á lo menos para que no se nos eché en cara que no hemos procurado desterrar tan culpable ignorancia.»

Refiere despues con estension la conducta ordinaria de los fieles, la pureza angelical de sus costumbres, y mas aun las reglas de moral que se les prescriben, y en fin la santidad, sencillez y dignidad de sus observancias religiosas. Se les acusaba de ateísmo, y el santo orador demuestra que no consiste este crimen en rehusar el incienso á una infinidad de espíritus malignos ó fantásticos, y que no negaban los cristianos ser ateístas, en cuanto á aquellos dioses imaginarios y todos sus vanos simulacros; pero que respecto del Dios Supremo, del único grande y verdadero, del Dios criador y conservador, eterno é independiente, conocido y celebrado por los mismos poetas, eran los cristianos los mas religio-

sos de todos los hombres, y los únicos que ponian todo su afan en venerarle como merece, y segun nos lo enseñó por medio de su Hijo ó su Verbo, Eterno y Omnipotente como él; pero revestido de nuestra carne y de nuestra humanidad para instruirnos inmediatamente y con mas eficacia.

El Santo se vale del testimonio de los Profetas y de las Sibilas, ó de los versos que corrian en su nombre, con las demas pruebas acomodadas á la naturaleza de las cosas, ó á las circunstancias de aquel tiempo, para probar á los paganos la existencia de una revelacion. Procura con especialidad disipar las preocupaciones de su siglo, que ponian el mayor obstáculo á los progresos del cristianismo; y por esta razon no teme entrar en la esplicacion de nuestras ceremonias religiosas, y aun de nuestros mismos Sacramentos, no obstante que generalmente estaba prohibido revelarlos. Se explica con la mayor claridad sobre la sagrada Eucaristia, porque sobre este misterio infame habian dirigido sus principales calumnias contra los cristianos los enemigos del cristianismo.

«No os dejéis seducir, les dice, dando fácilmente crédito á unos cuentos absurdos. He aquí realmente el modo con que admitimos á los que vosotros llamais nuestros iniciados. Lavado en el agua el admitido, en señal de la purificacion interior que se obra en su alma por la virtud del cielo, le conducimos al lugar donde los hermanos están congregados para hacer oracion en comunidad. Concluida la oracion, nos saludamos con el ósculo de paz; y despues presentan al que preside pan y una copa de vino mezclado con agua, y ofrece al Padre celestial por el Hijo y el Espíritu Santo; y los diáconos dan á cada uno de este pan y de este vino, que recibimos con respeto y veneracion y no como el alimento ordinario; pues como sabemos que el Verbo divi-

no se revistió de carne y de sangre, conocemos tambien que el alimento santificado por las fórmulas sagradas que nos trasmittió, se convierte en la carne y en la sangre de este mismo Cristo hecho hombre por nuestro amor; porque los Apóstoles nos enseñan en sus escritos que Jesucristo les mandó hacer lo que él habia hecho, cuando despues de haber tomado en sus manos el pan y el vino, diciendo: *este es mi cuerpo; esta es mi sangre*, añadió: *cuantas veces hiciéreis esto, hacedlo en memoria de mi*.

«Pero ¿qué necesidad tenemos, prosigue San Justino, de esponer tantas razones en nuestra defensa? Ninguno da verdadero crédito á las atrocidades que se nos imputan para oprimirnos. Al mismo tiempo que nosotros somos perseguidos con tanta crueldad y pertinacia, se están tolerando las religiones mas insensatas y corrompidas. ¿Se castiga por ventura á los que dan culto á los leños, á las piedras, á los gatos, á los ratones y á los cocodrilos? ¿Quién castiga tampoco á los malos cristianos, que no lo son mas que en el nombre? ¿Quién persigue, por ejemplo, á los sectarios de Simon Mago, de Menandro ó de Marcion? Vosotros los dejais vivir en paz, aunque ellos destruyen la idea y el culto del verdadero Dios, y son justamente acusados de mil abominaciones. ¿Qué os ha hecho la santidad de nuestra doctrina? ¿Quereis vosotros ser ministros de los demonios malignos que no pueden sufrirnos? Si os parece absurda nuestra Religion, dejadla, que ella se destruirá por sí misma; pero si es pura y santa, si es divina y celestial, ¿cuánto os arriesgais en atacarla! Vosotros, príncipes y señores de los pueblos, juzgadnos, ahora que estais instruidos de lo que somos; pero sea cual fuere vuestra sentencia, respondemos enteramente resignados: *cúmplase la voluntad de Dios*. Tales son los sentimientos que nos dictan el respeto y obediencia

sincera que nuestra Religión nos manda tributar á nuestros príncipes legítimos. Pero antes debemos declararos en nombre del Señor, que reina en los cielos sobre todas las potestades de la tierra, que no evitaremos el rigor de sus juicios, si persistís en tratarnos con una injusticia que se os pone tan de manifiesto.

Orosio, historiador del siglo quinto, afirma que este discurso hizo grande impresión en Antonino, y que de allí adelante le hizo mostrarse favorable al cristianismo. Los cristianos del Asia apoyaron la apología de San Justino, y por su parte se quejaron al emperador del perverso tratamiento que recibían de sus conciudadanos; también algunos gobernadores de provincias se manifestaron más humanos con los fieles, y escribieron en su favor á este buen príncipe, el cual, no pudiendo cerrar los oídos á tan justas reclamaciones, publicó edictos para que cesase la persecución contra los cristianos. Escribió en su favor á muchas ciudades de la Grecia, especialmente á las de Larisa, Tesalónica y Atenas, y prohibió en general á todos los griegos escitar contra ellos tumulto alguno (1). Para satisfacer á las quejas particulares de los fieles de Asia, espidió órdenes terminantes á los Estados de aquella provincia; y no podrá menos de leerse con gusto el elogio que este emperador filósofo y pagano hace de nuestros Padres en este precioso rescripto, conservado por San Meliton y Eusebio (2).

Los infieles, según su costumbre y antiguas preocupaciones, achacaron á los cristianos las desventuras que afligieron al imperio en tiempo de Antonino. Mas este príncipe, con ocasión de los terremotos que arruinaron entonces algunas de sus ciudades, amonestó á sus súbditos comparasen su

conducta con la de aquellos á quienes perseguían con tanto ardor. «Vosotros, les dice, os abatís vergonzosamente cuando suceden estas desgracias, y ellos por el contrario nunca ostentan más valor, ni más confianza en Dios; así dais á entender que pasadas estas calamidades espantosas, no conocéis, ni tenéis presente á la Divinidad. Es para vosotros indiferente todo lo que mira á la Religión, sin cuidaros nada del culto del Eterno; y porque los cristianos le veneran, concebís contra ellos una indigna emulación que os incita á perseguirlos de muerte. ¿No advertís que este proceder hace más pertinaces ó más constantes á los que llamáis ateístas y que no tienen en precio alguno la vida cuando se trata de sacrificarla por su Dios? Si estas razones no alcanzan á aplacaros, yo os mando con arreglo y en confirmación de las órdenes de mi padre Adriano, de gloriosa memoria, que cualquiera que fuese acusado por sola causa de Religión, quede absuelto, aunque efectivamente sea cristiano, y que el acusador sea castigado con arreglo á las leyes.»

Fijóse este edicto en Éfeso en la asamblea de los estados del Asia y disminuyó la violencia de las persecuciones, aunque sin apagarlas del todo, porque después de esta época y durante el curso del reinado de Antonino, hubo todavía muchos mártires. Dependía de tantas causas diferentes la calma de la Iglesia en aquellos tiempos tan borrascosos, que no podía menos de ser local y pasajera.

San Telesforo, supremo pastor de la Iglesia romana, padeció sin duda alguna el martirio en tiempo de Antonino, después de un pontificado de diez á once años. San Ireneo le juzga el primer Papa mártir, después de San Pedro; lo que da mucha probabilidad á la opinión de los críticos que creen que el título de mártir, atribuido á otros Papas por algunos escritores que no tienen tanta au-

toridad como este Padre, debe entenderse del martirio que continuamente estaban dispuestos á sufrir, ó de los tormentos que realmente sufrieron, sin exhalar en ellos su último aliento. Sucedió San Higinio á San Telesforo, San Pio á San Higinio, y á San Pio San Aniceto.

En el pontificado de este último, que murió en el año 168, vino Hegesipo á Roma y permaneció en aquella capital durante todo el pontificado de San Sotero, y hasta el de San Eleuterio, que principió el año 177. Hegesipo había pasado del judaísmo á la Religión cristiana, y escribió cinco libros de todo lo sucedido desde la Pasión de Jesucristo hasta su tiempo. Ha perecido esta obra, y es la primera Historia eclesiástica de que hay noticia, aunque no era más que una colección sencilla de las tradiciones apostólicas, á pesar de la sabiduría del autor; pero tomó por modelo á los Apóstoles, así en su vida, como en sus escritos. Por los fragmentos que Eusebio nos ha conservado, sabemos que San Hegesipo (porque la Iglesia le honra con este título) aprendió en largos y frecuentes viajes la doctrina y las máximas de diferentes iglesias, y que encontró la mayor exactitud y conformidad entre estos usos y lo que habían enseñado los Apóstoles. «Desde la muerte de estos maestros de la Iglesia hasta nuestro tiempo, no existe, dice, Silla episcopal que no haya conservado con inviolable fidelidad lo que los Profetas prescribieron, y lo que predicó el Señor.»

El emperador Antonino Pio, después de haber dado la paz á los fieles, ó al menos disminuido su persecución, murió á la edad de setenta y cuatro años en el de 161 de Jesucristo. Había adoptado por hijos á Marco Aurelio, su sobrino y yerno, y á Lucio Vero. Marco Aurelio tenía cuarenta años y la sabiduría y experiencia propias de esta edad; la estimación particular que había sa-

bido grangearse hizo que le proclamasen único emperador, y mostró cuán digno era del imperio declarando colega suyo á Vero. Esta fué la primera vez que se vieron en Roma dos príncipes iguales. Murió el segundo á los ocho años de su reinado, con poco sentimiento del autor de su elevación, á quien costaba mucho trabajo tener á raya las malas inclinaciones de este vicioso compañero.

Marco Aurelio, á pesar de ser uno de los más grandes emperadores y de los más ilustres filósofos que ha producido el paganismo, amaba en extremo la idolatría en que le habían educado. Salido apenas de la infancia fué puesto por Adriano en manos de los sálíos (a) consagrados á Marte, en cuya compañía ejerció todos los ministerios; y fué tan elogiado por la exactitud con que los desempeñó, que él mismo se acostumbró después á hacer mucho aprecio de aquellas observancias supersticiosas. Juzgaba descender del rey Numa, y se gloria de emularle en el celo por la antigua religión de los romanos. La filosofía estoica que profesaba parecía ciertamente la más conforme de todas á la recta razón; pero fundada en el orgullo era al mismo tiempo esta filosofía la más egoísta y la más dura. Este príncipe estaba además prevenido contra el cristianismo por las absurdas ideas que de él formaba en las frecuentes conferencias que tenía con todo género de filósofos; los cuales enseñaban la virtud en sus vanos discursos, pero no podían sufrir la pureza de las máximas Evangélicas, tan superiores á todos los esfuerzos de su orgullo. De aquí es que su clemencia natural no le impidió mostrarse en extremo duro y aun cruel con los cristianos; y si no espidió formalmente leyes para generalizar la per-

(1) Euseb. lib. 4, hist. cap. 16.

(2) Melit. apud Euseb. lib. 4, cap. 26.

(a) Dábase este nombre en Roma á los sacerdotes de Marte. (N. del E.)